

La nana Donaciana

Mercedes Charles C.

Desde que tenía siete años yo estaba segura de que la nana Donaciana tenía poderes especiales. Ella sabía curarnos con yerbas cuando teníamos gripe o cuando nos dolía el estómago; asaba un tomate verde y lo paseaba por nuestro cuerpo cuando nos daba fiebre o cuando las anginas nos molestaban mucho; también sabía sobarnos con un huevo serenaado en luna llena cuando algo le latía que andaba mal, o darnos friegas de alcohol con alcanfor cuando titiritábamos. La nana Donaciana, aunque todos decían que era muy rara, a mí me gustaba mucho.

Cuando podía despertarme antes que ella la miraba de reojo; fingiendo que todavía dormía abría una pequeña rendija entre los ojos y la veía con su camisón de franela gastada que acariciaba el tapete haciendo un dulce ruidito al caminar por la recámara. Todas las veces que la logré mirar, cuando apenas empezaba a clarear el día, pude ver las manos de mi nana entrar por la abertura del frente de su camisón y sacar su escapulario café que guardaba entre sus enormes senos, para tener a la virgen calentita, decía ella.

Entre penumbras veía cómo la nana se persignaba y daba un beso respetuoso a la figura de la virgen, luego tomaba una pequeña llave que colgaba del escapulario y abría una caja de madera tallada de la cual extraía un frasco color ámbar, como esos que contienen algún medicamento delicado. Todas las veces que la logré mirar las mismas cosas ocurrían; mi nana se paraba muy cerquita del espejo, hacía



aspavientos, subía los brazos y juntaba las manos varias veces; después echaba sobre el espejo unas gotitas de una agüita que olía a rosas y, con los ojos cerrados, murmuraba una especie de oración un poco cantadita. Yo, aunque paraba las orejas, nunca logré entender lo que decía.

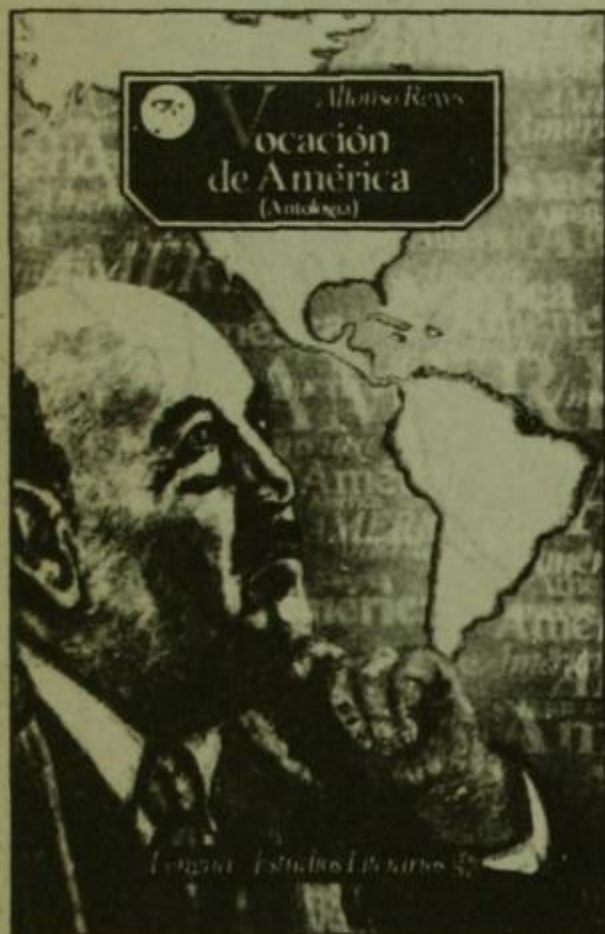
Un día, después de decir su oración, sintió mi vista sobre ella; cerré los ojos rápidamente, pero fue demasiado tarde. Me había visto y me empezó a regañar por ser niña fisgona. Entonces le pregunté por qué hacía esas cosas tan raras durante las mañanas porque la había visto repetirlas varias veces. La nana dio un salto que pareció respingo y desde ese día todo empezó a cambiar entre nosotras.

Cuando me la encontraba en algún corredor o en la cocina siempre trataba de esquivarme, de hacerse la disimulada, como si yo no existiera. Si le preguntaba o pedía algo, no me respondía, como si de mi boca no hubiera salido sonido alguno.

En la noche, dejó de acompañarme ese tiempo, tan largo y aburrido, que uno pasa antes de poderse dormir. Yo empecé a extrañar las historias que me contaba cada noche sentada en la cama junto a mí y que me ayudaban a cerrar los ojos y a calentar una parte importante de la cama. Historias y decires sobre su pueblo, sobre aquel lugar lleno de alegrías y de pobrezas, de solidaridades y venganzas.

Historias que trataban sobre su vida de niña, levantándose a obscuras para ir al molino a traer la masa para echar las tortillas y cómo su mamá le ponía las manos sobre el comal de barro cuando no le quedaban redonditas. Pláticas sobre el lavado de ropa en el río junto a su madre y lo difícil que le era colgar la ropa blanca, las sábanas y las camisas sobre magueyes y arbustos sin que se ensuciaran nada. Desde entonces, pensé que ser niña era muy complicado, pero ser niña en un pueblo de México, era aun más complicado.

Alfonso Reyes
**VOCACIÓN
DE AMÉRICA**
(Antología)



Antología de textos que cifran las inquietudes de Reyes sobre la necesidad de la unificación de América a través de la sensibilidad y la inteligencia; en la búsqueda de un lenguaje común para hispanoamérica.

Otros títulos del autor:

- OBRAS COMPLETAS (23 vols.)
- LA EXPERIENCIA LITERARIA
- LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA
- EL DESLINDE
- EL POLIFEMO SIN LÁGRIMAS

De venta en librerías



FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA

Lo que más me gustaba que me contara mi nana eran aquellas historias que me ponían la piel de gallina y que, muchas veces, se introducían a mis sueños en forma de pesadillas. Historias como aquella de las bolas de fuego que aparecían en el bosque, que seguían a los viajeros y a los extraños. Eran las "nanas" del pueblo, unas brujas que podían hacer mucho mal, pero que si uno la llevaba bien con ellas incluso podían ser de gran ayuda. O la historia de los duendes que hacían travesuras maliciosas a los bebés: los cambiaban de lugar, abrían el alfiler de seguridad que detenían los pañales para que se picaran o bien, les colocaban la cobija en la cabeza para que les costara trabajo respirar. También me gustaban las historias de los aparecidos que daban señales de que su alma no encontraba descanso en el más allá o las que daban los muertos para que sus familiares encontraran el tesoro enterrado en una olla.

Todas esas historias fueron parte importante de mi infancia. Me hacían soñar, pensar, imaginar, pensar que lo que no entendemos es parte integrante y cotidiana de la vida.

Pasaron un par de semanas y la nana seguía huraña conmigo. Atendía a mis dos hermanas y a mí me ignoraba en la medida en que podía y eso me ponía muy triste. A lo mejor porque me había mal acostumbrado a sus mimos y a que yo fuera su más consentida. Así que, una tarde, me acerqué a Carmela, la mujer que siempre estaba junto al fogón de la cocina y que venía del mismo pueblo que mi nana; le conté que la nana ya no me quería porque me había sorprendido espiándola en sus cosas. Con la respuesta de Carmela, empecé a comprender.

Carmela me contó que la nana tenía guardada una historia muy triste que le había contado hace muchos años. Empezó a contar que Donaciana era una niña muy bonita, con ojos negros y profundos, y un pelo que le llegaba a la cintura.

Cuando cumplió los 14 años, Don Jacinto, el que mandaba más en todo el pueblo, se la llevó, se la robó como dicen en el pueblo. La regresó a los pocos días, lastimada, temerosa, con lágrimas en los ojos. Donaciana empezó a hablar muy poco y a dejar que la tristeza dominara su rostro. El padre le quitó la palabra y la madre le trataba de curar la tristeza. Al poco tiempo, Donaciana se dio cuenta que dejaba de sangrar cada mes y que su vientre empezaba a crecer.

Su padre, al enterarse del estado de su hija, la golpeó mucho, con coraje, hasta dejarla en el suelo y malherida. La madre sólo le ponía unos emplastos de barro y yerbas para curar las heridas del cuerpo, pero también del alma. Sus curaciones no sirvieron de mucho y, al poco tiempo, empezaron los dolores. Llamaron a doña Sebastiana, la comadrona, pero no pudo hacer mucho. La niña salió demasiado pequeña y no pudo tomar aire al nacer.

En el pueblo decían que había nacido muerta porque era fruto del pecado; pero, lo peor de todo era que no la había querido bautizar el padre Damián por el pecado que suponía, además de asegurar a la familia de Donaciana que la niña se había ido derechito al infierno. Asustadas, Donaciana y su madre visitaron a Sebastiana para que les aconsejara. Ella les dio un frasquito y les dijo qué hacer para salvar a la niña.

Desde ese día, todas las mañanas Donaciana tiene que hacer ciertas cosas para que la pequeña niña se sostenga en el cielo. El espejo le permite mirar a su pequeña, el agua le sirve para rociar a los ángeles que la sostienen y tenerlos contentos, y, en dialecto le canta las canciones de cuna para que se arrulle, para que no se mueva mucho y siga sostenida de los hilos tan frágiles que la mantienen en el cielo.

Entonces, yo no podía comprender muchas cosas, pero salí corriendo de la cocina, busqué a Donaciana, la abracé y la llené de besos salados por las lágrimas pidiéndole perdón.